

La abstinencia como ética del deseo



LEONARDO P. GALUZZI¹

DOI: 10.36496/N143.A2

LEONARDO P. GALUZZI / ORCID: 0009-0005-8471-5269

RECIBIDO: FEBRERO DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

RESUMEN

El principio de abstinencia ocupa un lugar central en la técnica psicoanalítica desde las formulaciones freudianas, aunque con frecuencia ha sido reducido a una regla de conducta, una exigencia moral o una forma de neutralidad del analista. Este artículo sostiene que la abstinencia no constituye una técnica negativa ni una prescripción ascética, sino una posición estructural y ética que preserva la falta como condición de posibilidad del deseo y el trabajo analítico. A partir de una lectura rigurosa de textos fundamentales de Freud, se muestra que la abstinencia es una exigencia técnica orientada a sostener la transferencia sin resolverla por la vía de la satisfacción. La reformulación lacaniana desplaza este principio hacia la noción de deseo del analista, situando la abstinencia en el corazón del acto analítico y diferenciándola tanto de la neutralidad como de la frustración arbitraria. Finalmente, se articulan estas elaboraciones con los desafíos de la clínica contemporánea, marcada por el imperativo de bienestar y la demanda de soluciones rápidas, para mostrar que la abstinencia conserva su vigencia como una forma de resistencia ética frente a la saturación del sentido y el goce.

DESCRIPTOR CANDIDATO: ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA.

1 Psicólogo por la Universidad Nacional de Rosario, psicoanalista y docente, Argentina.
lgaluzzi@hotmail.com

DESCRIPTORES: MÉTODO PSICOANALÍTICO / DEMANDA / ABSTINENCIA /
TRANSFERENCIA / DESEO DEL ANALISTA / ÉTICA / FRUSTRACIÓN / FALTA.

ABSTRACT

The principle of abstinence occupies a central place in psychoanalytic technique since Freud's early formulations, yet it is often reduced to a rule of conduct, a moral requirement, or a form of analyst neutrality. This article argues that abstinence should not be understood as a negative technique or ascetic prescription, but rather as a structural and ethical position that preserves lack as the condition of possibility for desire and analytic work. Through a close reading of key Freudian texts, abstinence is shown to function as a technical requirement aimed at sustaining transference without resolving it through imaginary satisfaction. Lacan's reformulation displaces this principle toward the notion of the analyst's desire, situating abstinence at the core of the analytic act and distinguishing it from both neutrality and arbitrary frustration. Finally, these theoretical developments are articulated with the challenges of contemporary clinical practice, marked by the imperative of well-being and demands for rapid solutions, in order to show that abstinence remains a crucial form of ethical resistance against the saturation of meaning and enjoyment.

CANDIDATE KEYWORD: PSYCHIC STRUCTURING

KEYWORDS: PSYCHOANALYTIC METHOD / DEMAND / ABSTINENCE /
TRANSFERENCE / ANALYST DESIRE / ETHIC / FRUSTRATION / LACK

INTRODUCCIÓN

El principio de abstinencia ocupa un lugar decisivo en la elaboración freudiana de la técnica analítica, pero su estatuto dista de ser unívoco. Con frecuencia es leído como una regla de conducta, una prescripción moral o una exigencia de neutralidad afectiva por parte del analista. Sin embargo, una lectura atenta de los textos de Freud permite advertir que la abstinencia no se reduce a una norma externa ni a un ideal de renuncia, sino que nombra una condición estructural del dispositivo analítico, íntimamente ligada a la lógica del deseo, a la función de la transferencia y a la posibilidad misma del trabajo del inconsciente.

Este artículo sostiene que la abstinencia, tal como Freud (1915/1992) la formula y Lacan (1961/2002; 1988) la reformula, no debe entenderse como una técnica negativa —una simple prohibición de satisfacer demandas—, sino como una posición ética que preserva la falta como motor del análisis. En ese sentido, la abstinencia no apunta a frustrar al paciente por principio ni a sostener una distancia neutral, sino a mantener abierta la tensión entre deseo y satisfacción, evitando que la transferencia se resuelva prematuramente en una respuesta imaginaria o sugestiva.

Desde los primeros escritos técnicos hasta los textos tardíos, Freud (1912/1992a; 1912/1992b; 1915/1992) insiste en que la cura analítica solo puede realizarse «en la abstinencia». Esta afirmación, lejos de remitir a una moral ascética, se inscribe en una concepción precisa del funcionamiento psíquico: si el deseo encuentra una satisfacción sustitutiva —ya sea en la forma del amor del analista, del consejo, del alivio inmediato o del saber que explica—, el trabajo analítico se detiene. La abstinencia no reprime el deseo, sino que lo mantiene en estado de tensión, permitiendo que se despliegue en la palabra y se actualice en la transferencia.

Lacan (1961/2002; 1973/1987) retoma este principio freudiano, pero lo desplaza desde su formulación técnica hacia una dimensión estructural del acto analítico. Allí donde Freud habla de abstinencia y frustración, Lacan introduce la noción de deseo del analista, subrayando que lo decisivo no es la renuncia a una satisfacción particular, sino la ocupación de un lugar vacío. La abstinencia deja entonces de ser una regla para convertirse en una posición subjetiva: el analista no responde a la demanda ni desde

el amor ni desde el saber, y en esa no respuesta sostiene la posibilidad de que el deseo del sujeto emerja como tal.

La relevancia de este problema se vuelve especialmente aguda en la clínica contemporánea. En un contexto atravesado por el imperativo de bienestar, la búsqueda de soluciones rápidas y la proliferación de prácticas orientadas a la adaptación, la abstinencia tiende a ser cuestionada, atenuada o directamente abandonada en nombre de la ayuda, el cuidado o la eficacia terapéutica. Frente a estas derivas, resulta necesario volver a interrogar el estatuto de la abstinencia en Freud y Lacan, no para restaurar una ortodoxia técnica, sino para precisar qué se pierde —en términos clínicos y éticos— cuando el analista cede a la demanda.

El objetivo de este trabajo es, entonces, reconstruir el principio de abstinencia a partir de su formulación freudiana y de su reformulación lacaniana, mostrando que se trata de un eje estructural del psicoanálisis y no de una regla contingente. Al mismo tiempo, se intentará articular este principio con los desafíos de la práctica actual, situando la abstinencia como una forma de resistencia ética frente a los discursos contemporáneos que buscan colmar la falta y clausurar el deseo.

FREUD: LA ABSTINENCIA COMO CONDICIÓN ESTRUCTURAL DE LA CURA

En la elaboración freudiana, el principio de abstinencia no aparece como una regla aislada ni como una prescripción tardía, sino como un hilo que atraviesa de manera constante la reflexión sobre la técnica analítica. A lo largo de su obra, Freud (1912/1992a; 1912/1992b; 1915/1992; 1937/1992) insiste en que el trabajo analítico solo puede desplegarse en un marco que preserve la tensión entre deseo y satisfacción, entre demanda y falta. La abstinencia nombra precisamente ese marco: no una renuncia moral, sino una condición de posibilidad para que el inconsciente se actualice en la transferencia.

Freud (1912/1992b) subraya que la transferencia no es un obstáculo accidental del tratamiento, sino el lugar mismo donde las mociones pulsionales del pasado se vuelven actuales. El paciente no recuerda simplemente: repite, pone en acto, ama y odia en la figura del analista. Esta actualización es indispensable para que el conflicto pulsional pueda ser trabajado, ya que —como Freud señala— nadie puede ser «ajusticiado» en ausencia.

Sin embargo, esta misma condición encierra un riesgo: si la transferencia se resuelve por la vía de la satisfacción, el análisis queda reducido a una repetición no elaborada. Es en este punto en que la abstinencia adquiere su función estructurante.

La abstinencia no impide la transferencia; por el contrario, la hace operativa. Freud (1915/1992) advierte que el analista debe permitir que las mociones libidinales se manifiesten plenamente en el vínculo transferencial, pero sin ofrecerles una vía de descarga directa. Si el analista responde al amor del paciente con amor o a su demanda con una gratificación sustitutiva —ya sea afectiva, moral o intelectual—, la transferencia se agota en el plano imaginario y la palabra pierde su función elaborativa. La abstinencia mantiene la transferencia en suspenso, preservando su potencia como motor del trabajo psíquico.

Esta lógica se formula de manera particularmente clara en *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*. Allí, Freud (1915/1992) afirma que la técnica analítica impone al analista la denegación de la satisfacción amorosa reclamada en la transferencia. No se trata de una prohibición fundada en consideraciones morales, sino de una exigencia técnica: el análisis debe realizarse en condiciones que mantengan viva la necesidad y la añoranza como fuerzas pulsionantes. Freud subraya que toda satisfacción sustitutiva ofrecida por el analista —sea en la forma del amor, del consejo o de la promesa de bienestar— interrumpe el proceso analítico porque sustituye el trabajo del inconsciente por una solución imaginaria.

Conviene subrayar aquí un punto decisivo: la abstinencia no equivale a una frustración arbitraria ni a una postura de dureza. Freud (1915/1992) no propone infligir sufrimiento al paciente, sino evitar que el deseo encuentre una satisfacción que clausure su despliegue. La frustración que introduce la abstinencia no es contingente, sino estructural: se trata de confrontar al sujeto con la imposibilidad de una satisfacción plena, condición para que el conflicto pulsional se actualice y se vuelva analizable. En este sentido, la abstinencia no añade una carencia, sino que deja operar la falta constitutiva.

Este mismo argumento reaparece, con un énfasis aún más marcado, en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* Allí, Freud (1926/1992) insiste en que ceder a las demandas transferenciales de satisfacción tierna o sensual no solo es problemático desde el punto de vista moral, sino —sobre todo—

técnicamente ineficaz. Satisfacer la demanda de amor no cura, no elabora, no transforma: detiene el análisis. Freud desplaza así el eje del problema desde la conducta del analista hacia la estructura de la cura, mostrando que la abstinencia no protege al analista de una falta ética, sino al análisis de su disolución.

Este desplazamiento es fundamental, porque permite comprender que la abstinencia no se limita al terreno de la sexualidad o del amor transferencial. En *Dos artículos de enciclopedia*, Freud (1923/1992) amplía el alcance del principio al advertir que el analista no debe remodelar al paciente según sus propios ideales ni dirigir su vida mediante consejos. También aquí la abstinencia se define como una renuncia: no a la intervención, sino a la imposición de un saber o de un ideal del bien. El analista debe abstenerse de ocupar el lugar de quien sabe lo que el otro debe ser, permitiendo que el sujeto encuentre su propia vía de elaboración.

Este punto introduce una dimensión claramente ética en la noción de abstinencia. Abstenerse no es solo no satisfacer una demanda libidinal, sino también no colonizar el deseo del paciente con las identificaciones del analista (Lacan, 1961/2002). Freud (1912/1992a; 1915/1992) insiste en que el objetivo del análisis no es producir sujetos adaptados a un ideal normativo, sino despertar la iniciativa del analizado. La abstinencia aparece así como una forma de respeto por la singularidad del sujeto y por el saber inconsciente que le es propio (Lacan, 1973/1987).

En *Análisis terminable e interminable*, Freud (1937/1992) retoma esta problemática desde una perspectiva más estructural. Señala que un conflicto pulsional solo puede ser influido analíticamente si se vuelve actual; para ello, el dispositivo debe exponer al paciente a una cierta cuota de padecer objetivo, introduciendo una estasis libidinal que reactive el conflicto. Freud vincula explícitamente esta operación con el precepto de que el análisis debe realizarse «en la frustración» o «en la denegación». Lejos de ser un exceso técnico, esta frustración es la condición misma para que el conflicto se despliegue en la transferencia y pueda ser elaborado.

La abstinencia se revela así como una función estructural del dispositivo analítico. No es una regla externa que se añade a la cura, sino la forma misma en que el análisis se sostiene como experiencia de palabra (Lacan, 1956/2002). Al preservar la falta, la abstinencia mantiene abierto el campo

del deseo y permite que la transferencia no se cierre en una solución imaginaria (Lacan, 1961/2002). En este sentido, Freud (1915/1992) inscribe en la técnica analítica una ética implícita: el analista no debe situarse del lado de la satisfacción ni del lado del ideal, sino del lado del deseo, aun cuando ello implique sostener la incomodidad y la falta (Lacan, 1961/2002).

Esta concepción freudiana de la abstinencia anticipa, sin formularlo explícitamente, un problema que Lacan (1961/2002; 1973/1987) llevará al centro de su enseñanza: la posición del analista frente a la demanda. En Freud (1915/1992), la abstinencia aparece como una exigencia técnica; en Lacan se convertirá en una posición subjetiva y en un principio ético del acto analítico. Pero este desplazamiento solo puede comprenderse plenamente si se reconoce que, ya en Freud, la abstinencia no es un mandamiento moral, sino una condición estructural del deseo en la cura.

LACAN: DE LA ABSTINENCIA FREUDIANA AL DESEO DEL ANALISTA

La lectura que Lacan realiza de Freud no consiste en una simple actualización terminológica del principio de abstinencia, sino en un desplazamiento decisivo de su estatuto. Allí donde Freud (1915/1992) había formulado la abstinencia como una exigencia técnica necesaria para el desarrollo de la transferencia y el trabajo del inconsciente, Lacan (1961/2002; 1973/1987) la reinscribe en la estructura misma del acto analítico. La abstinencia radicaliza en una posición subjetiva, sostenida por lo que Lacan denomina «el deseo del analista».

Este desplazamiento puede rastrearse ya en *Los escritos técnicos de Freud*, donde Lacan (1981) retoma los textos freudianos sobre la técnica y la transferencia con una preocupación central: evitar que la práctica analítica se degrade en una psicología del yo o en una relación intersubjetiva de comprensión y adaptación. En ese contexto, subraya que el analista debe dejarse usar como soporte de la transferencia sin confundirse con el objeto al que esa transferencia se dirige. Esta formulación introduce una primera torsión: la abstinencia no se define solo por lo que el analista no hace, sino por el lugar que ocupa.

La transferencia, tal como Lacan (1973/1987) la relee, no se reduce a un vínculo afectivo, sino que se estructura en torno a un supuesto: el

paciente atribuye al analista un saber sobre su verdad. Es este supuesto —el sujeto supuesto saber— el que sostiene el dispositivo analítico. Ahora bien, si el analista responde a la demanda desde el lugar del saber, confirmando ese supuesto, la transferencia se fija y el análisis se estanca. La abstinencia, en la perspectiva lacaniana, consiste precisamente en no responder desde ese lugar para permitir que el supuesto saber se despliegue para luego caer. En este punto se introduce una diferencia fundamental con ciertas lecturas técnicas de la abstinencia. No se trata de que el analista «no sepa» o «no intervenga», sino de que no haga consistir su intervención como respuesta plena a la demanda. La abstinencia no equivale a silencio, a pasividad o a neutralidad afectiva, es una operación activa que apunta a descompletar al Otro, a no saturar el campo del análisis con sentido o con saber.

En *La ética del psicoanálisis*, Lacan (1988) reformula explícitamente el problema en términos éticos. Sostiene que la ética del psicoanálisis no puede definirse por el bien, la adaptación o la normalización, sino por una relación específica con el deseo. La célebre fórmula «no ceder en su deseo» no se refiere al deseo del analizante, sino al deseo del analista. Este deseo no es empírico ni intencional; no es el deseo de curar, de ayudar o de comprender, sino un deseo orientado por la falta.

En este contexto, la abstinencia freudiana encuentra su reformulación más radical. Abstenerse no es renunciar a una satisfacción personal, sino sostener una posición desde la cual el deseo no queda capturado por el ideal ni por la demanda. El analista no se abstiene porque la moral lo exija, sino porque su deseo —en tanto deseo del analista— no se deja absorber por la lógica del bien ni por la del amor imaginario. La abstinencia se convierte así en la condición ética del acto analítico. Este punto se clarifica aún más en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Allí, Lacan (1973/1987) articula la transferencia, el deseo y la interpretación en una estructura precisa. La interpretación —señala— no debe responder a la demanda, sino apuntar al deseo. Responder a la demanda implicaría colmarla, ofrecer un sentido, un objeto o una garantía; apuntar al deseo, en cambio, implica sostener la falta que hace posible su emergencia. La abstinencia es el correlato de esta orientación: el analista se abstiene de responder a la demanda para operar como causa de deseo.

Esta noción de causa resulta decisiva. Mientras que en una relación imaginaria el analista podría ser tomado como objeto de amor o de identificación, en la lógica del deseo el analista ocupa el lugar de aquello que pone en movimiento, sin presentarse como objeto consumible. La abstinencia preserva esta función causal: si el analista se ofrece como objeto de satisfacción —amorosa, identificatoria o de saber—, deja de causar el deseo y pasa a obturarlo. Aquí se vuelve necesario introducir una distinción explícita entre abstinencia y neutralidad. La neutralidad suele entenderse como una actitud de distancia, imparcialidad o ausencia de implicación subjetiva. La abstinencia, en cambio, no supone ausencia de implicación, sino una implicación específica: el analista está comprometido con el dispositivo, con la transferencia y con el deseo, pero se abstiene de intervenir desde el yo, desde el ideal o desde el saber completo. Confundir abstinencia con neutralidad conduce a una caricatura del acto analítico, en la que el analista aparece como un observador distante, cuando en realidad su presencia es estructuralmente operativa.

Asimismo, la abstinencia lacaniana no puede reducirse a la frustración. Mientras que la frustración remite a la privación de un objeto esperado, la abstinencia apunta a algo más radical: la imposibilidad estructural de una satisfacción plena. El analista no frustra por decisión personal, sino que sostiene un dispositivo que confronta al sujeto con la falta que estructura su deseo. En este sentido, la abstinencia no añade una carencia, sino que impide que la falta sea obturada por una respuesta imaginaria.

El deseo del analista solo puede sostenerse a partir del propio análisis del analista. No se trata de una posición que pueda adoptarse por convicción teórica o por adhesión a una regla técnica. Lacan insiste en que el analista solo puede ocupar ese lugar si ha atravesado la experiencia de la falta en su propio análisis. De lo contrario, su intervención queda atrapada en las coordenadas de la identificación, del ideal o de la sugestión. Desde esta perspectiva, la abstinencia no es una renuncia ocasional, sino una renuncia estructural: renuncia a ser el objeto del amor, renuncia a ser el garante del sentido, renuncia a ocupar el lugar del amo que sabe lo que el otro necesita. Esta renuncia no empobrece el acto analítico; por el contrario, lo hace posible. Es precisamente porque el analista no res-

ponde desde esos lugares que el sujeto puede confrontarse con su deseo y elaborar su relación con la falta.

La reformulación lacaniana permite así comprender que la abstinencia no es un resto arcaico de la técnica freudiana, sino el nombre de una exigencia estructural que atraviesa toda la práctica analítica. Al situar la abstinencia en el nivel del deseo del analista, Lacan (1961/2002; 1973/1987) radicaliza la intuición freudiana y la inscribe en una ética del acto. El analista no se define por lo que hace o deja de hacer, sino por la posición desde la cual interviene.

ABSTINENCIA, DEMANDA Y CLÍNICA CONTEMPORÁNEA

La reformulación lacaniana del principio de abstinencia adquiere una relevancia particular cuando se la pone en tensión con las coordenadas de la clínica contemporánea. En efecto, las modalidades actuales de la demanda suelen presentarse bajo el signo de la urgencia, del imperativo de bienestar y de la expectativa de una respuesta eficaz y rápida. El sufrimiento psíquico es con frecuencia formulado como un déficit a reparar, un malestar a suprimir o una disfunción a corregir. En este contexto, la abstinencia analítica corre el riesgo de ser percibida como una posición anacrónica, excesivamente rigurosa o incluso negligente.

Sin embargo, es precisamente en este escenario donde la abstinencia revela su vigencia clínica y ética. Allí donde el discurso contemporáneo tiende a ofrecer soluciones, consejos, técnicas de regulación emocional o identificaciones tranquilizadoras, el psicoanálisis introduce un corte. El analista no responde a la demanda en los términos en que esta se formula, no porque ignore el sufrimiento del sujeto, sino porque sabe que responder directamente a la demanda equivale, muchas veces, a obturar la pregunta por el deseo. La clínica muestra con claridad que la demanda del paciente rara vez coincide con su deseo. Lo que se presenta como una demanda de alivio, de orientación o de confirmación suele encubrir una interrogación más radical, que solo puede desplegarse si la respuesta no llega de manera inmediata. La abstinencia consiste, en este punto, en no precipitar una solución que cierre el sentido. Al abstenerse de responder desde el saber o desde el ideal del bien, el analista mantiene abierto un

espacio donde el sujeto puede confrontarse con aquello que insiste más allá de su pedido explícito.

Este punto permite precisar una cuestión decisiva: la abstinencia no implica indiferencia frente al sufrimiento. Por el contrario, supone tomarlo en serio, es decir, no reducirlo a un problema técnico que podría resolverse mediante una indicación o una explicación. La respuesta rápida puede aliviar momentáneamente, pero lo hace al precio de silenciar el conflicto. La abstinencia introduce un tiempo distinto, un tiempo de elaboración, que no coincide con el tiempo de la urgencia ni con el de la eficacia inmediata. En este sentido, se opone tanto a la sugestión como a la empatía imaginaria cuando estas funcionan como respuestas saturantes. Sugerir, tranquilizar, normalizar o identificarse con el padecimiento del paciente pueden convertirse en formas sutiles de satisfacción de la demanda. Aunque estas intervenciones se presenten como gestos de cuidado, tienden a restituir al analista un lugar de saber o de garantía que clausura la pregunta por el deseo. La abstinencia, en cambio, mantiene al analista en una posición que no sutura la falta, aun cuando ello resulte incómodo, tanto para el paciente como para el propio analista.

Desde esta perspectiva, puede decirse que la abstinencia constituye una forma de resistencia ética frente a los discursos dominantes de la salud mental. Allí donde se exige adaptación, bienestar y normalización, el psicoanálisis introduce la dimensión de lo no-todo, de lo que no se deja resolver. Sostener la abstinencia implica resistir la tentación de responder con un ideal de vida lograda o con un modelo de funcionamiento óptimo. El analista no orienta al sujeto hacia un ideal, sino que le permite interrogar su propia relación con el goce y con la falta. Esta posición tiene consecuencias clínicas precisas. Cuando el analista cede a la demanda —ya sea ofreciendo consejos, interpretaciones explicativas cerradas o identificaciones tranquilizadoras—, el análisis tiende a transformarse en una práctica de adaptación. El sujeto puede sentirse aliviado, comprendido o acompañado, pero el trabajo sobre el deseo queda suspendido. La abstinencia, en cambio, sostiene la incomodidad necesaria para que el sujeto pueda asumir su implicación en aquello que le ocurre.

Freud (1912/1992a; 1915/1992) ya había advertido este riesgo al señalar que el analista no debe remodelar al paciente según sus propios ideales

ni dirigir su vida mediante consejos. Esta advertencia adquiere hoy una actualidad renovada, en un contexto donde el analista es interpelado constantemente a «ayudar», «orientar» o «dar herramientas». La abstinencia no rechaza la ayuda, pero redefine su estatuto: ayudar no es indicar un camino, sino permitir que el sujeto construya el suyo. Lacan (1961/2002; 1988) radicaliza esta posición al situar la abstinencia en relación con el deseo del analista. Si el analista responde a la demanda desde su propio ideal —el ideal de curar, de aliviar o de comprender—, su deseo queda atrapado en la lógica del bien. La abstinencia exige, en cambio, que el analista sostenga un deseo que no se confunda con la intención de producir un efecto determinado. Este deseo «no anónimo», producto de su propio análisis, es lo que le permite no ceder ante la demanda y mantener abierto el campo del deseo del analizante.

Desde esta perspectiva, la abstinencia se revela como una condición para que el análisis no se degrade en una práctica de sugestión o de acompañamiento. No se trata de rechazar toda intervención, sino de situarla de tal modo que no colme la demanda. Incluso la interpretación, si se presenta como explicación totalizante, puede funcionar como una respuesta saturante. La abstinencia orienta la intervención analítica hacia el equívoco, el corte y la desestabilización del sentido, en lugar de su cierre.

En la clínica contemporánea, marcada por la proliferación de objetos de consumo y de discursos que prometen satisfacción inmediata, la abstinencia adquiere también una dimensión política. Al no ofrecer objetos ni sentidos listos para usar, el analista introduce una pausa en el circuito del consumo del goce. Sostener la abstinencia es, en este sentido, sostener un lugar donde el deseo no se confunde con la satisfacción y donde la falta no es vivida necesariamente como un déficit a reparar. Esta dimensión política no debe entenderse como una toma de posición ideológica explícita, sino como un efecto estructural del dispositivo analítico. El psicoanálisis no propone una alternativa de vida ni un ideal social; propone una experiencia en la que el sujeto puede confrontarse con aquello que no se deja absorber por el mercado del bienestar. La abstinencia es la condición de posibilidad de esa experiencia.

LA ABSTINENCIA COMO ÉTICA DEL DESEO

A lo largo de este recorrido, se ha intentado mostrar que el principio de abstinencia no constituye una regla técnica contingente ni un residuo moral de la práctica freudiana, sino un eje estructural que atraviesa tanto la elaboración de Freud como su reformulación por Lacan. Desde la necesidad de mantener la tensión pulsional en la transferencia hasta la noción lacaniana de deseo del analista, la abstinencia aparece como la condición que permite que el deseo no quede sofocado por la satisfacción, el ideal o el saber.

En Freud (1915/1992), la abstinencia se formula como una exigencia técnica destinada a preservar la eficacia del tratamiento. Sin embargo, una lectura atenta muestra que esta exigencia implica ya una toma de posición ética: el analista debe renunciar a ocupar el lugar del objeto, del ideal o del guía, permitiendo que el sujeto se confronte con su falta. Lacan (1961/2002; 1973/1987) no hace sino radicalizar esta intuición al situar la abstinencia en el nivel del acto analítico y del deseo del analista.

La abstinencia no debe confundirse con neutralidad, pasividad o indiferencia. Es una posición activa, exigente, que compromete al analista en su propio deseo y lo obliga a sostener una renuncia permanente. Renuncia a responder a la demanda, renuncia a garantizar el sentido, renuncia a prometer bienestar. Esta renuncia no empobrece la práctica analítica; por el contrario, la preserva como experiencia de verdad.

En un contexto contemporáneo marcado por la saturación de ofertas de satisfacción y por la patologización de la falta, la abstinencia se vuelve una forma de resistencia ética. Sostener la abstinencia es sostener la posibilidad de que el deseo siga siendo deseante, es decir, no reducido a la lógica del consumo ni a la del bienestar normativo. El analista no ofrece soluciones, pero ofrece un espacio donde el sujeto puede hablar, interrogarse e inventar una respuesta singular frente a la falta que lo constituye. En este sentido, la abstinencia no es un límite impuesto al análisis, sino su condición de posibilidad. Allí donde la demanda encuentra un no, el deseo puede encontrar su lugar. Y es en ese lugar —incómodo, no garantizado, pero estructuralmente fecundo— donde el psicoanálisis sostiene su apuesta ética fundamental. ♦

REFERENCIAS

- Freud, S. (1992). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 20, pp. 165-244). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1992). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 23, pp. 211-254). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- Freud, S. (1992). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 227-250). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1992). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 159-174). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1992a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 111-119). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1992b). Sobre la dinámica de la transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 97-105). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Lacan, J. (1981). *El seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954*. Paidós.
- Lacan, J. (1987). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Lacan, J. (1988). *El seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis, 1959-1960*. Paidós.
- Lacan, J. (2002). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1. Siglo XXI*. (Trabajo original publicado en 1956).
- Lacan, J. (2002). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (pp. 565-626). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1961).